

nos proporcionan ventajas de género alguno!

Está convencido de que no hay términos medios y de que todo lo hacemos para nuestro bien ó para nuestro mal, en la inmensa gradación que hay desde el uno al otro extremo. Todo, absolutamente todo ha de tener un objeto, ya nuestro perfeccionamiento físico, ya nuestro perfeccionamiento moral, ya nuestro deleite. Hacer ó decir algo *sin objeto alguno no tiene explicación plausible* y no conduce mas que al fastidio, que es el gran origen de la desdicha. Considera además que nuestra vida es demasiado corta para que tengamos derecho á malgastarla impunemente. Las infracciones de las leyes naturales llevan en sí mismas el fatal castigo, y como hacer ó decir algo sin objeto, sin siquiera el objeto de proporcionarnos un placer, es una de tantas infracciones de la ley natural, inevitablemente nos castigamos nosotros mismos, aunque en mucho menor grado, por supuesto, que al fomentar nuestros vicios y nuestras malas pasiones.

Ten pues un objeto al escojer un libro ó un amigo, al empezar una conversación, al emprender un trabajo, al dar un paseo, al practicar, en fin, el acto más insignificante de tu vida. Pero no empleemos la palabra insignificante, porque en la vida no hay nada que pueda llamarse así; digamos, pues, al practicar el acto más pequeño ó de menos importancia. No comas sin apetito, no bebas sin sed, no prolongues tu paseo cuando estés cansado, no duermas sin deseo de dormir. Y desde los actos ménos importantes, hasta los más graves y elevados, observa la misma táctica y el mismo método.

NOMEN.

Á JOAQUINA

JOAQUINA, me desatina
 Cuando me miro al espejo,
 El encontrarme tan viejo,
 ¡ Pero tan viejo, Joaquina!

Llena el corazón de pena,
 Que ya no moje la lluvia
 Mi larga melena rubia,
 Que ni es rubia ni melena.

Y escucho á cuantos me ven :
 — ¡ Oh ! Narciso Serra, salvo
 Que se halla baldado, calvo
 Y hecho una plasta, está bien.

Y cada vez que te veo
 En mi dolor siento creces ;
 Tú cada día embelleces,
 Y yo cada día *enfeo*.

Y comento por mil puntos
 Este pensamiento amargo :
 — Yo soy viejo, y sin embargo,
 Hemos sido niños juntos.

NARCISO SERRA.

¡ UN DIA DE FIESTA !

UN dia de fiesta!... Así unidas estas palabras son las más sonoras, las más pintorescas, las más alegres de nuestra lengua, al ménos para mí. De todas las memorias pasadas, cuyas ruinas ha arrancado de mi corazón el desengaño, una vive aún en él, fresca y jóven, y que me parece morirá cuando muera yo. Es el recuerdo de los dias de fiesta de mis tiernos años. Un domingo de entónces me sonríe aún suavemente, cuando miro el camino tortuoso y áspero en el que yo *derramé*, sin saber como, un tercio del siglo de la vida. En la orla de ese horizonte crepuscular del pasado, toma forma y relieve la capillita de la habitación de la infancia en los dias de fiesta, y el altar, con sus candeleros dorados y las jarras de flores, que se renovaban el sábado por la noche, y el madrugar todos para que todo estuviera limpio, barrido y ordenado para la misa. Dios sabe con cuanta fé y devoción mi alma tierna seguía la monótona palabra del viejo fraile, calvo y macilento, cuyo hábito burdo ha desaparecido bajo los variados vestidos del sacerdocio! Atravesando una alta celosía, el sol, semejante á una columna de cristal amasada con polvos de oro y caída de su pedestal, hería de soslayo los escolanes del altar, y las luces tremulas de los cirios, cuya claridad se anublaba en el esplendor del día, me parecían espíritus que se inclinaban esperando la presencia de Dios para adorarle.

Despuès, el fraile, que había llegado de léjos, del convento de Rivamara ó del Buen Viaje, almorzaba y comía, y todos estaban contentos, porque el santo fraile era muy jovial y contaba historias que era un pasmo. En aquellos dias benditos juraría yo que el follaje de los árboles era de verdor más vivo, el agua más transparente, el cielo más azul, y hasta el mueblaje de las casas más nuevo y las paredes más blancas. A la tarde corría por el césped con otros muchachos de mi edad, y trataba luchas y gritaba y reía y sudaba y diableaba en los juegos propios de la infancia; pero así que el sol descendía al horizonte, iba á sentarme junto al tronco de un nogal, solo, y pasaba allí largo rato meditando, miéntras el agua de un arroyo caía lentamente en un estanque. ¿ En qué pensaba? Lo ignoro.

Probablemente en nada; pero meditaba y sentía levantarse en mi corazón una tranquila melan-